

LOS CUENTOS DEL GATO ENCARAMADO 1

MARCEL AYMÉ

ILUSTRADO POR RICARDO PELÁEZ



LOS CUENTOS DEL GATO ENCARAMADO 1

*A LA
ORILLA
DEL VIENTO*



LOS CUENTOS DEL GATO ENCARAMADO 1

MARCEL AYMÉ



ilustrado por

RICARDO PELÁEZ

traducción

PILAR ORTIZ LOVILLO



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Primera edición en francés, 1939
Primera edición en español, 2003
Sexta reimpresión, 2022

[Primera edición en libro electrónico, 2014]

Aymé, Marcel

Los cuentos del gato encaramado I/ Marcel Aymé ; trad. de Pilar Ortiz Lovillo ;
ilus. de Ricardo Peláez — México : FCE, 2003

190 p. : ilus. ; 19 x 15 cm — (Colec. A la Orilla del Viento)

Título original: *Les Contes du Chat Perché*

ISBN 978-968-16-7060-3

I. Literatura infantil I. Ortiz Lovillo, Pilar, tr. II. Peláez, Ricardo, il. III. Ser. IV. t.

LC PZ26.3 A89

Dewey 808.068 A287c

Distribución mundial

© 1939, Editions Gallimard

Edición aumentada en 1964

Título original: *Les Contes du Chat Perché*

© 2003, Ricardo Peláez, ilustraciones

D. R. © 2003, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com

Tel.: 55-5449-1871

Editor: Daniel Goldin

Diseño: Joaquín Sierra Escalante

Dirección artística: Mauricio Gómez Morin

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-7060-3 (rústico)

ISBN 978-607-16-2457-4 (electrónico-epub)

ISBN 978-607-16-2760-5 (electrónico-mobi)

ISBN 978-607-16-3635-5 (electrónico-pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Estos cuentos fueron escritos para niños de cuatro a setenta y cinco años. Pero eso no quiere decir que trate de desanimar a los lectores que se vanaglorian de su cordura. Al contrario, todos están invitados. Sólo quiero prevenir los reproches que podrían dirigirme ciertas personas razonables y amargadas. Al respecto, un crítico distinguido ya observó que si los animales hablaran, no lo harían como lo hacen en Los cuentos del gato encaramado. Y tenía razón, si los animales hablaran, hablarían de política o del porvenir de la ciencia en las Islas Aleutianas. Quizá harían crítica literaria con distinción. No puedo oponerme a tales hipótesis. Advierto entonces a mi lector que estos cuentos son puras fábulas y que no pretenden dar la ilusión de realidad. Por todas las faltas de lógica y de gramática animales que haya podido cometer; me acojo a la benevolencia de los críticos que, a semejanza de su sabio colega, se hayan especializado en esos ámbitos.

Esto es todo lo que les ruego que inserten.

M. A.

La pata del gato

◆ POR LA noche, al regresar del campo, los padres encontraron al gato ocupado en su aseo sobre el brocal del pozo.

–Vaya –dijeron–, el gato se está pasando la pata por encima de la oreja, mañana va a llover otra vez.

En efecto, al día siguiente la lluvia cayó durante toda la jornada, no se podía ni pensar en ir al campo. Desesperados por no poder ni asomar la nariz, los padres estaban de mal humor y no tenían mucha paciencia con sus dos hijas. Delphine, la mayor, y Marinette, la más pequeña, jugaban en la cocina al palomo volador, a los huesitos, al ahorcado, a la muñeca y al “¿lobo estás ahí?”

–Siempre –jugando mascullaban los padres–, siempre divirtiéndose, dos niñas tan grandes... ya verás: cuando tengan diez años, van a seguir jugando, en lugar de hacer alguna labor de costura o de escribirle a su tío Alfredo, que sería más útil.

Cuando terminaban con las pequeñas, la emprendían contra el gato que, sentado en la ventana, miraba llover.

–Se parecen a éste, que tampoco hace gran cosa en todo el día. No faltan los ratones que trotan de la cava al granero, pero el señor prefiere que lo alimenten y no hacer nada, así se fatiga menos.

–Siempre tienen que decir algo –respondió el gato–. El día está hecho para dormir y distraerse, por la noche corro a través del granero y no andan detrás de mí para felicitar-me.

–Claro, tú siempre tienes la razón, ¿no?

Hacia el final de la tarde, la lluvia seguía cayendo y mientras los padres estaban ocupados en la caballeriza, las pequeñas se pusieron a jugar alrededor de la mesa.

–No deberían jugar a eso –dijo el gato–. Seguramente van a volver a romper alguna cosa y los padres las van a regañar.

–Si te escucháramos –respondió Delphine–, nunca jugaríamos a nada.

–Es verdad –aprobó Marinette–. Con Alfonso (era el nombre que le habían puesto al gato), habría que pasar el tiempo durmiendo.

Alfonso no insistió y las pequeñas siguieron corriendo. En medio de la mesa había un plato de porcelana que estaba en la familia desde hacía cien años y al que los padres tenían gran estima. Al correr, Delphine y Marinette tropezaron con una pata de la mesa y la levantaron sin querer. El plato de porcelana se deslizó suavemente y cayó al piso donde se partió en varios pedazos. El gato, que seguía sentado en la ventana, ni siquiera volvió la cabeza. Las pequeñas no se atrevieron a correr y se sentían muy culpables.

–Alfonso, el plato de porcelana se rompió. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Levanten los pedazos y vayan a tirarlos en un hoyo. Quizá los padres no se den cuenta de nada.

Pero no, era demasiado tarde. Ellos entraban en ese momento. Al ver los pedazos del plato, se enojaron tanto que empezaron a saltar como pulgas por la cocina.

—¡Desdichadas! —gritaron—, ¡un plato que estaba en la familia desde hace cien años! ¡Par de monstruos! Pero serán castigadas: ¡queda prohibido jugar y sólo comerán pan seco!

Considerando muy suave el castigo, se tomaron un tiempo de reflexión y luego volvieron a regañarlas, mirándolas con una sonrisa cruel:

—No, nada de pan seco. ¡Pero mañana, si no llueve... mañana!... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡Mañana, irán a ver a la tía Melina!

Delphine y Marinette se habían puesto pálidas y juntaban las manos con miradas suplicantes.

—¡No hay ruego que valga! Si no llueve, irán a la casa de la tía Melina a llevarle un frasco de mermelada.

La tía Melina era una mujer muy vieja y muy malvada, que tenía una boca sin dientes y un mentón lleno de pelos. Cuando las niñas la iban a ver al pueblo no dejaba de besarlas, lo que no era muy agradable a causa de su barba, y aprovechaba para pellizcarlas y tirarles de los cabellos. Le encantaba obligarlas a comer pan y queso que había puesto a enmohecer especialmente para su visita. Además la tía Melina afirmaba que sus sobrinas se le parecían mucho y decía que al final del año se convertirían en su más fiel retrato, lo que resultaba aterrador tan sólo de pensarlo.

—Pobres niñas —suspiró el gato—. Me parece un castigo muy severo por un viejo plato desportillado.

—¿Y tú por qué te metes? Si las estás defendiendo, tal vez tú las ayudaste a romper el plato.

—¡No! —dijeron las pequeñas—. Alfonso nunca dejó la ventana.

—¡Silencio! ¡Todos ustedes son iguales! Se defienden unos a otros. De todos no se hace uno. Un gato que pasa los días durmiendo...

—Puesto que lo toman así —dijo el gato—, mejor me voy. Marinette, ábreme la ventana.

Marinette abrió la ventana y el gato saltó al patio. Acababa de dejar de llover y un viento ligero barría las nubes.

—El cielo se está despejando —los padres con buen humor—. Mañana hará un día soberbio para que vayan con la tía Melina. Es una suerte. ¡Vamos, ya llovió suficiente! Eso no va a componer el plato. Mejor vayan a buscar leña al cobertizo.

En el cobertizo las niñas encontraron al gato instalado sobre la pila de leña. A través de sus lágrimas, Delphine lo miraba asearse.

—Alfonso —le dijo ella con una sonrisa alegre que sorprendió a su hermana.

—¿Qué quieres, mi niña?

—Estoy pensando una cosa. Mañana, si quisieras, no tendríamos que ir a la casa de la tía Melina.

—Yo qué más quisiera, pero, desgraciadamente, lo que le pueda decir a los padres no evitará nada.

—Pero si no hay que convencer a los padres. ¿Sabes lo que dijeron? Que iríamos a la casa de la tía Melina si no llovía.

—¿Entonces?

—¡Pues bien! no tienes más que pasarte una pata por detrás

de la oreja. Así lloverá mañana y no tendremos que ir a casa de la tía Melina.

—¡Vaya!, es cierto —dijo el gato—, no había pensado en eso. A fe mía, es una buena idea.

Se dedicó de inmediato a pasarse la pata por detrás de la oreja. La pasó más de cincuenta veces.

—Pueden dormir tranquilamente esta noche. Mañana lloverá a cántaros.

Durante la cena, los padres hablaron mucho sobre la tía Melina. Habían preparado ya el frasco de mermelada que le iban a enviar.

Las niñas no podían estar serias y, varias veces, al cruzar miradas con su hermana, Marinette tuvo que fingir que se ahogaba para disimular su risa. Cuando llegó el momento de ir a acostarse, los padres asomaron la nariz por la ventana.

—Qué noche tan bella —dijeron—, es una noche muy bella. Nunca se han visto tantas estrellas en el cielo, mañana será un gran día para andar por los caminos.

Pero al día siguiente el cielo estaba gris y muy temprano empezó a llover. “No importa —dijeron los padres—, no puede durar mucho”. Hicieron que las niñas se vistieran con ropa de domingo y un listón rosa en los cabellos. Pero llovió toda la mañana y toda la tarde hasta que cayó la noche. Las niñas se tuvieron que quitar la ropa de domingo y los listones rosas. Sin embargo, los padres seguían de buen humor.

—No es más que un retraso, mañana irán a ver a la tía Melina. El cielo comienza a abrirse. Sería muy sorprendente que lloviera tres días seguidos en pleno mes de mayo.

Esa noche, al asearse, el gato volvió a pasarse la pata por

detrás de la oreja. Una vez más, no era posible enviar a las niñas a casa de la tía Melina. Los padres estaban de mal humor. A la molestia de ver el castigo retrasado por el mal tiempo se añadía la de no poder trabajar en los campos. Por cualquier cosa se enfurecían con sus hijas y les gritaban que sólo servían para romper platos. “Una visita a la tía Melina les hará bien –agregaban–. El primer día que haga buen tiempo, se irán desde temprano”. En un momento en que su cólera se volvió exasperación, cayeron sobre el gato, uno a escobazos y el otro a patadas, llamándolo inútil y holgazán.

–¡Oh! ¡oh! –dijo el gato–, son más malos de lo que pensaba. Me golpearon sin razón, pero palabra de gato que se van a arrepentir.

Sin este incidente provocado por los padres, el gato se hubiera cansado pronto de hacer llover, porque le gustaba trepar a los árboles, correr por los campos y los bosques, y le parecía demasiado condenarse a ya no salir para evitar a sus amigas la molestia de una visita a la tía Melina. Pero conservaba un recuerdo tan vivo de las patadas y los escobazos que las pequeñas ya no tuvieron que rogarle para que pasara su pata por detrás de la oreja. Se trataba de un asunto personal. Durante ocho días seguidos llovió sin parar, de la mañana a la noche. Los padres permanecían en la casa viendo sus cosechas pudrirse y su cólera no cesaba. Habían olvidado el plato de porcelana y la visita a la tía Melina, pero poco a poco empezaron a mirar al gato con suspicacia. A cada instante, sostenían en voz baja conciliábulos que eran un secreto para todos.

En la mañana del octavo día de lluvia, muy temprano, los pa-

dres se preparaban para ir a la estación, a pesar del mal tiempo, para enviar sus costales de papas a la ciudad. Al levantarse Delphine y Marinette los encontraron en la cocina ocupados en coser un costal. Sobre la mesa había una piedra que pesaba por lo menos seis filos. A las preguntas que hicieron las pequeñas, ellos respondieron, con aspecto un poco desconcertado, que se trataba de un envío que iban a hacer con los costales de papas. En eso el gato hizo su entrada a la cocina y saludó amablemente a todo el mundo.

–Alfonso –le dijeron los padres–, tienes un buen plato de leche fresca esperándote cerca del horno.

–Se los agradezco son muy amables –dijo el gato, un poco sorprendido por esas atenciones a las que ya no estaba acostumbrado.

Mientras se tomaba su plato de leche, los padres lo tomaron cada uno de dos patas, lo hicieron entrar en el costal con la cabeza por delante y después de haber introducido la gran piedra, cerraron el costal con un cordón grueso.

–¿Qué les pasa? –gritaba el gato revolviéndose en el interior del saco–. ¡Han perdido la razón, padres!

–Lo que nos pasa –dijeron los padres–, es que ya no queremos un gato que se pase la pata por detrás de la oreja todas las noches. Basta de que llueva así. Puesto que te gusta tanto el agua, muchacho, vas a tener toda la que quieras. En cinco minutos te vas a estar aseando en el fondo del río.

Delphine y Marinette empezaron a gritar que no iban a dejar que arrojaran a Alfonso al río. Los padres gritaban que nada podría impedir que ahogaran a un animal mugroso que hacía



llover. Alfonso maullaba y se agitaba, furioso, en su prisión. Marinette lo abrazaba a través de la tela del costal y Delphine suplicaba de rodillas que le perdonaran la vida a su gato. “¡No, no! –respondían los padres con voces de ogros–, no habrá piedad para los gatos malvados!” En eso se dieron cuenta de que ya casi eran las ocho e iban a llegar tarde a la estación. De prisa agarraron sus abrigos, se quitaron los capuchones y le dijeron a las niñas antes de dejar la cocina:

–Ya no tenemos tiempo de ir al río. Será al mediodía, a nuestro regreso. De aquí a entonces no se les ocurra abrir el costal. Si Alfonso no estuviera allí a mediodía, partirán de inmediato a casa de la tía Melina por seis meses y quizá para toda la vida.

Los padres no habían llegado todavía al camino cuando Delphine y Marinette desataron el cordón del costal. El gato asomó la cabeza y les dijo:

–Pequeñas, siempre pensé que tenían un corazón de oro. Pero sería yo un infeliz si aceptara que ustedes pasaran seis meses o tal vez más en casa de la tía Melina para salvarme. A ese precio, prefiero cien veces ser arrojado al río.

–La tía Melina no es tan mala como dicen y seis meses pasarán pronto.

Pero el gato no quiso ni escuchar y para subrayar que su decisión estaba tomada, metió la cabeza en el costal. Mientras Delphine trataba otra vez de persuadirlo, Marinette salió al patio y fue a pedirle consejo al pato que chapoteaba bajo la lluvia, en medio de un charco. Era un pato sagaz y muy serio. Para reflexionar mejor ocultó la cabeza bajo el ala.

–Por más que me quiebro la cabeza –dijo al fin–, no veo el

modo de convencer a Alfonso de que salga del costal. Ya lo conozco, es obstinado. Si lo hiciéramos salir a fuerza, nada podrá impedir que se regrese con los padres. Sin contar con que le doy toda la razón. Por mi parte, yo no estaría en paz con mi conciencia si ustedes fueran obligadas a vivir con la tía Melina por mi culpa.

—¿Y nosotras, entonces? ¿Si Alfonso se ahogara, no nos remordería la conciencia?

—Por supuesto —dijo el pato—. Habrá que encontrar otra solución que arregle todo. Pero por más que le doy vueltas no se me ocurre nada.

Marinette tuvo la idea de consultar a todos los animales de la granja y para no perder tiempo los hizo entrar a la cocina. El caballo, el perro, los bueyes, las vacas, el cerdo y las gallinas vinieron a sentarse cada uno en el lugar que les designaban las niñas. El gato, que se encontraba en medio del círculo, consintió en sacar la cabeza del costal y el pato, que se hallaba cerca de él, tomó la palabra para poner a los animales al corriente de la situación. Cuando terminó todos se pusieron a reflexionar en silencio.

—¿Alguien tiene una idea? —preguntó el pato.

—Yo —respondió el cerdo—. Miren, cuando los padres estén de regreso a medio día, tendré una conversación con ellos. Haré que se avergüencen por haber tenido tan malos pensamientos. Les explicaré que la vida de los animales es sagrada y que cometerían un terrible crimen al arrojar a Alfonso al río. Estoy positivamente seguro de que comprenderán.

El pato asintió con simpatía, pero no parecía estar conven-

cido. En la mente de los padres el cerdo estaba destinado a convertirse en chuletas y sus razones no podían tener gran peso:

—¿Alguien más tiene alguna idea?

—Yo —dijo el perro—. Sólo tienen que dejarme hacer. Cuando los padres se lleven el costal, les morderé las pantorrillas hasta que hayan soltado al gato.

La idea les pareció buena, pero Delphine y Marinette, aunque estaban un poco tentadas, no querían que les mordieran las pantorrillas a sus padres.

—Por otra parte —observó la vaca—, el perro es demasiado obediente para atreverse a morder a los padres.

—Es cierto —dijo el perro—, soy demasiado obediente.

—Hay algo más sencillo —dijo un buey blanco—, Alfonso no tiene más que salir del costal y pondremos un leño en su lugar.

Las palabras del buey fueron acogidas por un murmullo de aprobación, pero el gato sacudió la cabeza.

—Imposible, los padres se darán cuenta que el saco no se mueve, ni habla ni respira y no tardarán en descubrir la verdad.

Tuvieron que aceptar que Alfonso tenía razón. Los animales se desanimaron un poco. Después el caballo rompió el silencio. Era un viejo caballo pelado, al que le temblaban las piernas y que los padres ya no utilizaban. En poco tiempo lo llevarían a la carnicería que vendía carne de caballo.

—No me queda mucho tiempo de vida —dijo—. Si voy a terminar mis días que sea por una cosa útil. Alfonso es joven. Alfonso todavía tiene un buen porvenir de gato. Así que es muy natural que yo tome su lugar en el costal.

Todo el mundo se mostró muy conmovido por la proposición

del caballo. Alfonso estaba tan emocionado que salió del costal y fue a frotársele contra las piernas, arqueando el lomo.

—Eres el mejor de los amigos y la más generosa de las bestias —le dijo al viejo caballo—. Si tengo la suerte de no ahogarme hoy, no olvidaré nunca el sacrificio que querías hacer por mí y te lo agradezco desde el fondo de mi corazón.

Delphine y Marinette empezaron a suspirar y el cerdo, que también tenía un alma buena, estalló en sollozos. El gato se enjugó los ojos con su pata y prosiguió:

—Desafortunadamente, lo que me propones es imposible, y lo lamento porque estaba dispuesto a aceptar un ofrecimiento hecho con tan buena voluntad. Pero apenas quepo en el costal y tú no podrías ocupar mi lugar. Ni siquiera cabría tu cabeza.

Así que fue evidente para las pequeñas y para todos los animales que la sustitución era imposible. Junto a Alfonso, el viejo caballo parecía un gigante. A un gallo maleducado, la comparación le pareció cómica y se rió ruidosamente.

—¡Silencio! —le dijo el pato—. No es cosa de risa, creí que lo habrías comprendido. Pero no eres más que un sinvergüenza. Te ruego seas tan amable de salir de aquí.

—¡Mire, mejor no se meta donde no debe! ¿Acaso yo le estaba hablando a usted?

—¡Dios mío, qué vulgar es! —murmuró el cerdo.

—¡Sal de aquí! —empezaron a gritar todos los animales—. ¡Sal de aquí, gallo! ¡Que se vaya el vulgar! ¡Fuera!

El gallo, con la cresta muy roja, atravesó la cocina ante los abucheos y salió jurando venganza. Como llovía se fue a refu-

giar al cobertizo. Al cabo de algunos minutos Marinette fue allí también y con mucho cuidado escogió un leño de una pila.

–Quizá podría ayudarte a encontrar lo que buscas –le propuso el gallo con voz amable.

–¡Oh! No. Busco un leño que tenga forma... eeeh... forma.

–Forma de gato, vamos. Pero como decía Alfonso, los padres verán que el leño no se mueve.

–Sí, pero, –respondió Marinette–, el pato tuvo la idea de...

Pero como había oído decir en la cocina que convenía desconfiar del gallo Marinette temió haber soltado demasiado la lengua, lo dejó ahí y salió del cobertizo con el leño que acababa de escoger. Él la vio correr bajo la lluvia y entrar en la cocina. Poco después, Delphine salió con el gato, le abrió la puerta de la granja y se quedó esperándolo en el umbral. El gallo abrió mucho sus ojos y trataba en vano de comprender lo que pasaba. De vez en cuando Delphine se acercaba a la ventana de la cocina y pedía la hora con voz ansiosa.

–Las doce menos veinte, respondió Marinette la primera vez. Las doce menos diez... Las doce menos cinco...

El gato no aparecía.

Con excepción del pato, todos los animales habían dejado la cocina y buscado un refugio.

–¿Qué hora es?

–Mediodía. Todo está perdido. Parece que... ¿Escuchas?

El ruido de un carreta. Eran los padres que regresaban.

–Ni modo –dijo Delphine–. Voy a encerrar a Alfonso en la granja. Después de todo, no nos vamos a morir por pasar seis meses en casa de la tía Melina.